

nos, atacados con extraordinario vigor por la columna imperialista, se vieron desalojados de su primera línea, dejando en poder de los asaltantes dos piezas de artillería. Las tropas de Miramon siguieron adelante con el mismo ímpetu, y se apoderaron igualmente de la segunda línea. El general republicano Don Gerónimo Treviño, hombre valiente á la par que humano, probo y modesto, procuraba contener el avance de los asaltantes luchando con el denuedo que le distinguía y alentando á sus tropas con el ejemplo y la palabra. En los momentos más supremos del combate fué herido de un balazo en la pierna izquierda. Los imperialistas se lanzaron sobre la tercera línea, que era la última, con el mismo ímpetu que en las dos que habían caído en su poder. La fortuna parecía también dispuesta á favorecerles en este punto; pero en los momentos en que juzgaban como alcanzado el premio de sus esfuerzos; cuando puestas en dispersion las fuerzas republicanas que defendían San Gregorio esperaban celebrar la victoria, llegaron al sitio del combate, en auxilio de los republicanos, el «Batallon de San Luis», destacado por el general Don Francisco Alatorre; el «Batallon de Parras», por el general Naranjo; el «Batallon de Durango», á las órdenes de su coronel Don Diodoro Corella; y otros procedentes del cuartel general.

Todas estas fuerzas, unidas á las que habían emprendido la retirada, acometieron con vigor á la columna asaltante. La lucha entonces se hizo sangrienta. Los imperialistas combatían con un denuedo asombroso; pero era imposible que se sostuvieran contra el destructor fuego que recibían de sus numerosos contrarios. El teniente

1867. coronel Ceballos, del batallon del Emperador, Mayo. cayó mortalmente herido; el teniente coronel Sosa, que hacia tres días que había entrado á mandar el batallon de «Guardia Municipal», por muerte del coronel Don Joaquin Manuel Rodriguez, cayó sin vida, atravesado el pecho por una bala; el comandante Franco, que pertenecía al mismo batallon, fué igualmente muerto; y á la vez que ellos cayeron también sin vida unos y heridos otros, muchos oficiales de diversas graduaciones.

Como los imperialistas no tenían reserva que fuese en su apoyo, porque el corto número de su ejército no permitía que se sacase ni un sólo batallon de la línea fortificada sin exponer á que la plaza fuese tomada por donde quedase más debilitada, combatían con inaudito esfuerzo para no ver puestas sus filas en desorden.

El general D. Miguel Miramon, comprendiendo que era imposible sostener aquella lucha desigual cuando habían perecido en el combate los jefes que mandaban los mejores batallones, mandó que la columna de ataque se concentrase en la plaza.

Los republicanos, al emprender sus contrarios el movimiento de retirada, se lanzaron con extraordinario vigor sobre ellos. Los imperialistas, acosados por todas partes por fuerzas muy superiores en número á las suyas, se vieron precisados á abandonar los cañones que habían quitado á sus contrarios pocos momentos antes.

El general D. Miguel Miramon que se había conducido con el valor que le distinguía, se presentó al emperador dejando ver en su semblante el pesar de haber fracasado el plan en que había fundado grandes esperanzas. Maxi-

miliano le estrechó la mano con efusion, haciéndole comprender que estaba satisfecho de su conducta, y que si el éxito de la empresa no había sido feliz para las armas del imperio, no era por culpa de los que defendían la causa como bravos militares, sinó porque el destino se mostraba contrario.

Al desfilar por enfrente del emperador la columna que

1867. volvía de su malograda expedicion y pasar
Mayo. el 3.º de línea, el general D. Miguel Mira-

mon pidió permiso al soberano de presentarle á un oficial del expresado batallon: al capitan D. Luis Echeagaray. Maximiliano le contestó que lo hiciese; y entonces Miramon, ordenando al expresado capitan que se acercase, dijo al emperador: «Aquí tiene Vuestra Majestad al oficial más valiente de su ejército.»

Con efecto, el capitan D. Luis Echeagaray, que era un jóven alto, de marcial continente y de aspecto sério, se había señalado en el ataque de aquel día, con hechos que requerían una serenidad y un temple de alma extraordinarios. El emperador, para premiarlos, le nombró comandante, en reemplazo de un oficial superior apellidado Rentería que había muerto pocos días antes.

El jóven Echeagaray, á quien de aquella manera honrosa se acababa de ascender á comandante, era hijo de un general que había perecido en las guerras civiles, y sobrino de uno de los principales jefes republicanos que sitiaban á Querétaro.

Con el objeto de suavizar la mala impresion que había producido en el ejército y en la poblacion imperialista el mal éxito de la salida verificada ese día 3 de Mayo, se

hizo circular la voz de que el ataque se había suspendido de parte de la columna imperialista, porque, á favor del combate, había logrado penetrar en la ciudad el sargento de Cazadores, D. Guadalupe Valencia, conduciendo pliegos del general D. Leonardo Marquez, en que anunciaba la llegada del ejército auxiliar. La noticia la publicó el *Boletín Oficial* de Querétaro, enviándola para su insercion por el jefe de estado mayor, autorizándola con su palabra. Los redactores del expresado periódico, en la conviccion de que el hecho era cierto, ponían las siguientes palabras: «En los momentos mismos en que el Excelentísimo Sr. General D. Miguel Miramon atacaba hoy el cerro de San Gregorio, y cuando ya había tomado con sus tropas las primeras posiciones del enemigo, S. M. el emperador recibió noticias oficiales é indudables, de la próxima llegada á esta plaza del Excmo. Sr. General D. Leonardo Marquez con el ejército de su mando,

1867. trasmitidas por el valiente y leal sargento de
Mayo. cazadores Guadalupe Valencia, que aprovechó la ocasion de penetrar á nuestra línea con los pliegos de que era portador.

«El soberano se trasladó en el acto de la Cruz á la plaza de San Francisco, y mandó suspendiera inmediatamente su ataque el Excmo. Sr. General Miramon, por convenir así al plan de defensa de esta plaza.»

En las afflictivas circunstancias en que se hallaba la plaza, el jefe de estado mayor creyó que para sostener la moral y el entusiasmo del ejército y no verlo decaer si llegaba á faltarle la esperanza de ser auxiliado, se debía recurrir á todas las estratagemas lícitas que son permiti-

das en el derecho de gentes. Con este fin, y autorizado por el emperador, hacía que se publicasen en el *Boletín Oficial* aquellas noticias que juzgaba que podían reanimar el espíritu del soldado en circunstancias desfavorables. El mismo emperador y los generales D. Miguel Miramon y D. Manuel Ramirez Arellano, únicos que estaban en el secreto, propagaban esas noticias favorables «y garantizaban la exactitud de ellas para obtener el resultado propuesto, durante el último período del sitio,» según asegura el mismo general D. Manuel Ramirez de Arellano en el opúsculo que publicó en París con el epígrafe de *Últimas horas del imperio*. «El emperador,» añade, «se vió obligado á inventar el texto de comunicaciones que fingía haber recibido de Marquez y de Vidaurri, y en las cuales éstos le participaban que pronto estarían sobre las fuerzas sitiadoras y le daban noticia de la organizacion que habían dado á sus tropas. Estas comunicaciones fueron certificadas y publicadas por el jefe de estado mayor para dar á su contenido toda la fuerza de la verdad. Los felices acontecimientos que ellas anunciaban, fueron celebrados con repiques y salvas de artillería; la multitud acogía esta demostracion con entusiasmo.»

Los redactores del *Boletín Oficial*, no ménos creídos que el público á quien comunicaban las noticias que les enviaba el jefe de estado mayor, de que eran ciertas, publicaron por alcance esas comunicaciones que reanimaron el espíritu de las tropas imperialistas tras la triste impresion causada en ellas por el mal éxito de la salida del día 3 sobre el cerro de San Grego-

1867.

Mayo.

rio. El preámbulo de que iban acompañadas las comunicaciones decía así:

«¡Viva la Independencia!

»¡Viva el Emperador!

»¡Viva el ejército mejicano!

»Siendo inútil respecto del enemigo conservar en secreto las comunicaciones que ahora salen á luz, dirigidas á S. M. el Emperador por los generales Marquez y Vidaurri, les damos publicidad para satisfaccion del ejército y de los habitantes de esta heroica y sufrida ciudad.

»Los defensores de Querétaro, y los amigos de la causa nacional, leerán con grande entusiasmo las plausibles noticias que ha recibido el digno soberano de Méjico.

»Los incrédulos y los enemigos del orden se convencerán al fin, de que un breve tiempo de sufrimiento por parte del ejército y del pueblo, bastará para escarmentar á los juaristas, y para salvar á nuestra sociedad de los horrores con que la amenaza la demagogia.»

En seguida de este preámbulo iba el parte supuesto en que se daba cuenta de la organizacion que se había dado al ejército que marchaba en auxilio de la plaza, y que estaba concebido en los siguientes términos:

«Ejército de operaciones.—General en jefe.—Triplificado.—Señor: Según he tenido el alto honor de participar á V. M. por mis comunicaciones de fecha 16 y 19 del corriente, el 17 salí de Méjico con el ejército, cuya organizacion es como sigue.—Primera division de infantería.—General en jefe, Rosas Landa.—Primera brigada.—General en jefe, Ruelas.—Cuerpos, 1.º, 2.º y 3.º de rifles.—2.ª brigada.—General en jefe, Oronoz D. Juan

Cruz.—Cuerpos, 1.º, 2.º y 3.º de tiradores.—2.ª Division de infantería.—General en jefe, Zires.—1.ª Brigada.—General en jefe, Viega.—Cuerpos 18.º de cazadores y 15.º de línea, Guardia Municipal.—2.ª Brigada.—Comandante en jefe, coronel Pozo.—Cuerpos 2.º y 3.º fijo de Méjico.—Artillería.—Dos baterías rayadas.—Division de caballería.—General en jefe O'Horan.—1.ª Brigada.—General en jefe, Ramirez D. Antonio.—Cuerpos, húsares 6.º y 9.º regimiento, escuadron de la Emperatriz.—Division de reserva.—General en jefe, el Excmo. señor D. Santiago Vidaurri.—Brigada de infantería.—General en jefe, Piña.—Cuerpos 15.º de cazadores, 8.º, 18.º y 20.º de línea.—2.ª Brigada de caballería.—Comandante en jefe, Quiroga.—Cuerpos, rifleros de la Frontera, Tiradores, 5.º de lanceros.—Artillería, dos baterías de á 12
1867. y obuses de 36.—Tren, noventa carros.—
Mayo. Comisaría.—Tiene los fondos suficientes.—El Excmo. Sr. general Vidaurri con la division de reserva sigue otro camino que el que llevan mis tropas; pero debo reunirme en la hacienda de la Jordana.

»Méjico ha quedado suficientemente guarnecido y al cuidado del señor general Tabera.

»Aseguro á V. M. que ningun temor debe abrigar por la conservacion de la capital que se bastará á sí misma por largo tiempo.

»Tengo la honra de adjuntar á V. M. un pliego del Excmo. Sr. Vidaurri.

»Señor.—El general en jefe, *L. Marquez*.—Monte Alto, Abril 27 de 1867.»

Tras el anterior parte iba la comunicacion supuesta de D. Santiago Vidaurri que decía así:

«Ejército de operaciones.—Division de reserva.—Duplicado.—Señor: En la incertidumbre de que llegue la presente á las manos de V. M., omito los detalles relativos á la organizacion de este ejército de operaciones, y á las dificultades naturales é imprevistas con que hemos luchado el Sr. Marquez y yo para proceder conforme á las órdenes de V. M. Básteme decir á V. M. que al fin estamos de marcha y que van á principiar nuestras operaciones sobre los sitiados de esa plaza.

»Tengo la honra de participar á V. M. como en mis despachos anteriores, que el gabinete quedó constituido segun los deseos de V. M., y que en mi ausencia lo presidirá el Excmo. Sr. Iribarren, cuyo prestigio y energía son bien conocidos de V. M.

»El entusiasmo de la capital y el estado de defensa en que se encuentra, son altamente satisfactorios.

»Señor.—El ministro de hacienda, *Santiago Vidaurri*.—Ixtlahuaca, Abril 23 de 1867.»

Hay un apreciable escritor mejicano, de ideas conservadoras, que atribuye la invencion de las referidas comunicaciones, á los sitiadores que habiendo, en su concepto, descubierto la clave convenida entre el emperador y los primeros personajes de su gobierno en la capital para la correspondencia oficial, las enviaron para detener el avance de las tropas de Miramon y no sufrir una derrota completa. Asienta que Maximiliano «de tal manera creyó en la verdad de las comunicaciones que recibió, que

mandó suspender el ataque en los momentos de un brillante triunfo.»

Pero que las comunicaciones fueron forjadas entre las personas de más confianza para el emperador y con permiso de éste, lo asegura el general imperialista D. Manuel Ramirez Arellano, como el lector ha visto hace poco, cuando dice, que «*el emperador se vió obligado á inventar el texto de comunicaciones que fingia haber recibido de Marquez y de Vidaurri, en las cuales éstos le participaban que pronto estarían sobre las fuerzas sitiadoras, y le daban noticia de la organizacion que habían dado á sus tropas.*»

Además, Maximiliano sabía muy bien que no podía hallarse Marquez en camino para Querétaro con ejército ninguno, cuando tenía, por el contrario, la certeza de que se hallaba sitiado en Méjico, segun ha visto el lector por la carta que, con fecha 29 de Abril, dirigió á D. José María Iribarren, ministro de gobernacion, diciéndole entre otras cosas, las siguientes palabras: «*Acaso muy pronto obligaremos á los sitiadores á levantar su campo derrotándolo por completo, y en seguida marcharemos en auxilio de nuestra querida capital.*»

La retirada, pues, de la columna que atacó el día 3 de Mayo el cerro de San Gregorio, no fué debida á comunicacion alguna que hubiesen forjado los sitiadores, sinó á que no le fué posible al general D. Miguel Miramon luchar contra fuerzas seis veces mayores y dirigidas por valientes jefes.

Sí, segun asienta el instruido escritor á que me he referido, el emperador dijo al general García Aguirre, al

indicarle éste que muchos dudaban de la veracidad del
1867. aviso publicado por el jefe de estado mayor,
Mayo. que podía ir á la Cruz para ver las comunicaciones y convencerse que eran ciertas, fué porque no podía decir otra cosa que desanimara. La estratagema era inofensiva; era un medio para alentar; un recurso de la guerra para preparar una salida vigorosa. Creyendo cerca al general D. Leonardo Marquez con una fuerte division, los soldados se batirían con extraordinario esfuerzo creyendo que el emperador y Miramon obraban en combinacion con él, y atacarían la línea de los sitiadores con imponderable ímpetu, logrando romperla. Sin la creencia de que Marquez llegaba, podía desmayar el ánimo de muchos, introducir el desaliento en la tropa y acabar por completo con la fuerza moral, indispensable para dar cima á cualquiera empresa.

Sólo el emperador sabía que ningun auxilio se tenía que esperar de la capital; sólo él sabía que esta se hallaba sitiada, y ni al general Don Miguel Miramon, ni á Don Manuel Ramirez Arellano quiso comunicar esa alarmante noticia, no porque temiese que en ellos decayera en lo más mínimo el extraordinario valor que les distinguía, sinó porque en el seno de la confianza y de la amistad podían acaso confiar la noticia esta á otros, y al fin acabar por llegar á conocimiento de las tropas.

Las fingidas comunicaciones, pues, alcanzaron, por de pronto, el efecto que sus autores se habían propuesto. El entusiasmo y la esperanza reanimaron el espíritu del soldado, y todos esperaron la aparicion del ejército auxiliar.

La situacion de los sitiados era, sin embargo, cada vez

más aflictiva, y los días se hacían eternos para los que sufrían los rigores de aquel penoso y prolongado sitio. Se hallaban en completa incomunicacion con la capital, y nadie podía salir de la plaza ni dirigirse á ella, sin caer en manos de los sitiadores. Muchos de los correos y comisionados que habían salido de la ciudad ó intentado entrar á la poblacion, habían sido pasados por las armas y

1867. colgados frente á las trincheras de la ciudad.

Mayo. Los republicanos aumentaban sus obras de fortificacion para combatir á los sitiados, y aumentaban el número de sus baterías y el de su gente. El sitio se estrechaba cada día más. El hambre se dejaba sentir con más fuerza, y era difícil encontrar víveres ni aún á los precios más altos. Para que las personas que los tenían y los ocultaban se vieses precisadas á sacarlos, el general Don Severo del Castillo, jefe de estado mayor general, publicó un bando el día 4 de mayo, imponiendo la pena de muerte á los individuos que en el término de veinticuatro horas no mostrasen los granos y el maíz que hubiesen ocultado. Preciso es decir, sin embargo, en obsequio de la verdad, que esa terrible disposicion jamás llegó á ejecutarse con las personas que no la obsequearon, y que el objeto no fué otro que el de intimidar para que presentasen las semillas que muchos comerciantes habían escondido. El bando estaba concebido en los términos siguientes:

«El general Severo del Castillo, en jefe del estado mayor general, á los habitantes de esta ciudad hago saber:

»Que teniendo noticia de que la clase pobre del pueblo

comienza á sentir necesidad de maíz para sus usos domésticos, porque algunas personas que especulan con esa semilla la tienen oculta, movidos quizás por la esperanza de realizarla más tarde á precio fabuloso, S. M. el Emperador, en cuyo recto ánimo no cabe la tolerancia de un abuso que redunde en grave perjuicio de la mayoría, me manda publicar lo siguiente:

»1.º Toda persona que tuviere maíz en almacén, sea cual fuere la cantidad, está en obligacion de manifestarlo dentro del término de veinticuatro horas en este cuartel general.

»2.º Quien no diere cumplimiento á esta prevencion, será juzgado militarmente y condenado, por la aclaracion del hecho, á sufrir la última pena.

»3.º A la persona que cumpliere, se le concederá que venda por su propia cuenta una tercera parte de su semilla, dejando las dos restantes á disposicion de la prefectura que mandará realizar á bajo precio para que sean

1867. cumplidos los deseos de S. M. respecto de la

Mayo. clase que procurá beneficiar.

»Dado en el Cuartel general. Querétaro, Mayo 4 de 1867.— El jefe de estado mayor general, *Severo del Castillo.*»

Aunque, como he dicho, jamás se aplicó la pena referida á los que no llegaron á cumplir con la disposicion dictada, bastó la amenaza para que muchos manifestasen que tenían semillas.

Los habitantes de la ciudad, no siéndoles posible mantener sus caballos y sus mulas por falta de grano y de forrages, las vendían en cualquier precio á los carniceros,